

la página de Sergio Vodanovic

UNO LEE el diario, ve el aviso en la página teatral y dice: "Sí, es de cowboys". Va al cine, mira las fotografías y queda convencido: "Decididamente es una de cowboys". Y compra su entrada y pasa a la platea seguro de que va a obtener el producto original. Descansará de las preocupaciones bancarias, de los problemas del trabajo, de los líos femeninos, volviendo a la época de las matinées infantiles en que Tom Mix, Gene Autry o Buck Jones lo hacían vibrar con la historia de vaqueros en que el jovencito bueno, montado en noble cabalgadura, ponía orden en un mundo en formación, allá en el Oeste norteamericano, haciendo justicia, castigando a los facinerosos, ayudando a los débiles, enamorando a la rubia e ingenua muchacha de la familia de pioneros y salvándose siempre de las traidoras emboscadas de los indios salvajes.

Ese era el producto original que venía siempre en el envase caratulado "película de cowboys". Pero el producto original ya no se expide y el espectador que asiste una y otra vez a reencontrarse con el héroe puro y noble que representaba la imagen del vaquero, ve quizás una buena película, pero en el fondo sale defraudado.

Así, "El Valle del Fugitivo" ("Willie The Boy") puede que sea una buena película, pero no es una de cowboys. Sí. Sucede en el lejano Oeste, los protagonistas lucen sombreros alones y el sheriff es uno de los principales personajes, pero de contrabando nos meten un ingrediente que no tenía por qué estar allí: la lucha racial. Y resulta que el jovencito bueno es un indio, y, por último, que no es tan bueno; y, al final, en vez de triunfar de una persecución tenaz como es lo ortodoxo, termina alcanzado por las balas del sheriff. Entonces... ¿es el sheriff el "jovencito bueno"? ¡Vaya uno a saberlo! Y si no lo sabe es que no es una película de cowboys donde los buenos y los malos están perfectamente identificados.

EL CASO de "Willie Boy" no es único. Ya los westerns italianos, lejos de mostrarnos el heroísmo y la nobleza de otrora, nos sumergieron en un baño de sangre, en una opereta de muertos, donde la tónica era la morbosidad y el sadismo. Y el asunto hizo escuela, porque la norteamericana "La Pandilla Salvaje" no se quedó en chicas al exhibir una



"BUTCH CASSIDY".

chao al jovencito

exquisita gama de monstruosidades.

Pero lo que constituye la antítesis de una película de cowboys es "Butch Cassidy". Sí. Es cierto que es una excelente película. Pero... ¿Nos imaginamos algún día los que nos amamantamos con las increíbles proezas de los vaqueros clásicos, que veríamos a uno de sus descendientes en la pantalla no querer tirarse a un torrencioso río por no saber nadar? Y, para colmo de oprobios, la más hermosa secuencia de la película nos muestra al héroe montado no en un brioso alazán, sino en una prosaica bicicleta.

Pero la racha suma y sigue. Está por exhibirse una película de Dustin Hoffman que se llama en inglés "Midnight Cowboy" (en castellano "Perdidos en la Noche"). ¿Saben en qué época y en qué escenario se desarrolla esta película de cowboys? En nuestros días y en las sórdidas vecindades del Times Square neoyorquino. Y no se exhibirá en Chile, porque si llega al país de inmediato sería devuelta por la censura, una película que vi en Nueva York, dirigida por Andy Warhol, que bajo el título de "Los Cowboys Solitarios", era una desagradable exhibición de desviaciones sexuales.

AUNQUE la propaganda siga anunciando películas de cowboys, ellas sólo se han quedado, a lo más, con sus características exteriores. Todos los temas y los problemas contemporáneos caben ahora en una película del Oeste. Y yo lo lamento. ¿Cómo jugarán ahora los niños a los cowboys?

¿Qué expresión podrá reemplazar a aquella tan gráfica de "... Y ahora, cuéntate una de cowboys", con la que se solía interrumpir al fanfarrón que estaba contando hazañas increíbles?

Los productores cinematográficos han excusado esta desviación del western clásico, aduciendo que ahora se hacen películas de Oeste para adultos. Y se equivocan. Los adultos que quieren ver films sobre problemas raciales o políticos, con complejidades psicológicas o de exaltaciones sensoriales, tienen otras clases de películas que ver. Pero también necesitan ese cuento de hadas que inventó el cine norteamericano cuando nadie pensaba en crear un Superman o un Batman, en que un hombre era capaz de jugarse la vida y sufrir toda clase de peripecias, en romántica persecución de la justicia, ayudado tan sólo por sus pistolas, su caballo y su lazo.

Y bien. Usemos una palabra de moda. Parece que esta evolución de las películas del Oeste es "irreversible". Digámosle chao al "jovencito bueno", al cowboy heroico e invencible y enviémoslo al desván de los recuerdos junto a los carros con acoplados, el bachillerato y la conga.

Pero, con todo, me quedo con los cowboys de antes.

Grave.

Habrà que conseguirse K.H. 3. ■